



NOSOTROS, VOSOTROS Y ELLOS. LA CONSTRUCCIÓN DEL OTRO EN ARGENTINA (1810-1910)

WE, YOU AND THEM. THE CONSTRUCTION OF THE OTHER IN ARGENTINA (1810-1910)

Leandro Sebastián Fervier¹.
Romina Lía Soledad Vinti².

Introducción

¿Qué es un proyecto político? Claramente se podría definir como un plan para ejecutar una obra o acción. Entonces, gran parte de la formación de Argentina, como Estado Nación, estuvo planificada, al menos por algunas personas.

Escribe Carl Schmitt (1984) que “La específica distinción política a la cual es posible referir las acciones y los motivos políticos es la distinción de Amigo y Enemigo” (p. 23). Más adelante prosigue:

¹ Magíster en Gobierno y Gerencia Pública. Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe Argentina. leandrofervier@gmail.com. orcid 0000-0002-6984-8291

² Licenciatura en Historia. Ministerio de Infraestructura, Servicios Públicos y Hábitat de la Provincia de Santa Fe Argentina. vintitromina@gmail.com. Orcid 0000-0001-7256-6087

El significado de la distinción de amigo y enemigo es el de indicar el extremo grado de intensidad de una unión o de una separación; de una asociación o de una disociación; esta pueda subsistir teórica y prácticamente sin que, al mismo, deban ser empleadas todas las demás distinciones morales, estéticas, económicas, o de otro tipo” (p. 23).

Simplemente el enemigo es el otro para este autor. Se puede establecer a priori que el enemigo es el otro y en el caso de estudio, es elegido por los porteños. En esto se comparte la idea de Martínez Estrada en cuanto que Buenos Aires creció mirando a Europa, estaba construida más parecida a París, que a Asunción o Lima. Creció a un ritmo vertiginoso durante el siglo XIX, gracias al cuerpo de Goliat. A expensas de miles de kilómetros de desierto, pero que luego de la ejecución de “su” política de persecución será más deshabitado aún. Logró la supremacía bonaerense a expensas de un interior cada vez más despoblado y pobre.

También se puede pensar cual era el proyecto nacional, ¿existía como tal? Gran parte de la historia Argentina,

inclusive la contemporánea, se inscribe en los términos sarmiéntanos de civilización o barbarie. Cuestión que empieza a hacerse más explícita después de la publicación de su libro, pero que ya se había planteado anteriormente. Por lo tanto, la dicotomía fue praxis dominante durante mucho tiempo.

Como ejemplo de esta gran dicotomía que atraviesa la historia, se cita “españoles contra americanos”, “Unitarios o Federales”, “Rosas o Urquiza”, “Buenos Aires o el Interior”. Pero esta cuestión perdura hasta el día de hoy, la dicotomía esta tan o más presente en todo el novecientos. No se puede dejar de pensar en “peronistas o radicales”, “peronistas o antiperonistas”, “kirchneristas o macristas”, “derecha e izquierda” (traducido a la actualidad, neoliberales o Progresistas). Pero no solo la cuestión política es la que se presenta en dicotomía, la sociedad también se encuentra atravesada por esta. Como ejemplo, se puede enumerar el enfrentamiento entre “River o Boca”; “Colón o Unión”, “Menotistas o Bilardistas”, “Los Redonditos de Ricota o Soda Stereo.

Por otra parte, a fines del siglo XIX, aparece un nuevo fenómeno sociológico, las masas. Abordadas y convertidas en objeto de estudio en Europa, su influencia aparece en la Argentina en autores como Ramos Mejía y su discípulo, José Ingenieros. Estos la abordan desde la perspectiva elitista, ya que la consideraban inferior (aunque Ramón Mejía, tiene “un poco más de fe” en esta que Ingenieros) a la elite porteña.

El ensayo aborda la problemática de la construcción de un proyecto de nación en Argentina y como fue construyéndose la relación amigo – enemigo a partir de los diseños de la elite intelectual de Argentina. El trabajo realiza una revisión histórica desde la literatura, incorporando diferentes miradas sobre el nativo, el gaucho y el inmigrante. Por otra parte, se analizan los procesos de eliminación física o de su inserción con los valores que pregonaba la elite intelectual del 1800 en Argentina. De ahí que el objetivo del ensayo es exponer de manera práctica la construcción del otro en Argentina. Para ello, se estructura en tres partes. En una primera, se aborda la

situación del nativo y su participación en el proyecto político argentino a través de la literatura de la época. Posteriormente, se trabaja el gaucho y su rol, finalmente se aborda el contexto del inmigrante y su inserción en el proyecto político nacional de la elite porteña. Finalmente, se presentan algunas conclusiones. Como falencia de este trabajo, sabemos que cien años de historia de enfrentamientos, no se pueden resumir en algunas páginas, pero si acercarse a esta temática, muchas veces olvidadas por los intelectuales argentinos, sobre todo en relación al nativo.

El nativo en su plena expansión 1810 – 1850

Durante el período denominado colonial, los nativos sirvieron como fuerza de trabajo. Llevados a una esclavitud absolutamente inhumana mediante la mina y la encomienda, el saldo fue la masacre de centenares de nativos. Por ejemplo, en Potosí, más puntualmente en la mina del Cerro Rico, murieron en los últimos quinientos años, más de ocho millones de personas. La mayor parte de ellos dentro

de la mina, durante la primera parte de la explotación de esta. En la actualidad se puede afirmar que muere un minero por día. El resultado de esta forma de ejecución laboral arrojó como resultado, en la mayoría de los casos, la muerte del nativo.

A esto se debe sumar la suerte corrida por las nativas. Ellas, además del trabajo forzado, fueron objeto de abuso sexual, situación extremadamente olvidada dentro de la literatura y los estudios de época. Sin embargo, las anteriores consideraciones no terminaron con lo que sería “el fin de la colonia”, sino que las “indias” siguieron siendo botín de las cruzadas “civilizadas” contra la barbarie del “indio”, aún luego de la consolidación de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Los nativos de esta tierra, fueron quienes en primer lugar sufrieron la “furia” de “lo político” en la Argentina, luego de la emancipación de la metrópoli española. Es Martínez Estada (2001) quien sostiene con en la interrelación entre el blanco, el nativo y la tierra, que:

En vez de construir, de cercar, de labrar, hizo leyes para dar a esa pobre posesión un valor teológico y jurídico. Trató al indio como si hubiera tratado al dragón, de haber existido. El indio echaba el mal de ojo al tesoro encantado y lo desvanecía. La destrucción del indio era asegurarse la paz del usufructo, y al mismo tiempo destruir la evidencia del fracaso (p. 16).

Desterrados de sus lugares de origen, fueron perseguidos y asesinados por ser tratados de usurpadores de las tierras del Río de la Plata. El plan de eliminación, termina con la “conquista del desierto” por parte de la administración Roca. Casualmente “Orden y Progreso” ¿De quién?, de los capitales transnacionales, que veían en el nativo la amenaza de sus fortunas invertidas en ferrocarriles e industrias al servicio de la exportación de materias primas. El temor no radicaba en el robo o la destrucción de los ferrocarriles o la industria, sino en el miedo de la acción de éstos en contra de los capitales nacionales, es decir, de las cabezas de ganado que pertenecían a la elite porteña. Progreso ¿De quién? De la

ciudad de Buenos Aires, la gran metrópoli que crecía y se modernizaba a un paso desenfrenado y a costa de un interior cada vez más pobre y atrasado.

El nativo peleó a la par de los gauchos y de los pocos blancos que se atrevieron en las guerras por la Independencia del cono sur. Lamentablemente, él sería el nuevo sujeto histórico a diferenciar para lograr la unicidad de la nación Argentina. La construcción del “Otro”, diferente y a quien se debe desterrar, lo tendría en el próximo capítulo de la historia argentina, en reemplazo del español.

Es importante rescatar, que el aliado del gaucho, por ende, del porteño con aspiraciones de Independencia fue el nativo. En el momento de encaminar la guerra por el territorio, contra la corona española, éste fue de enorme importancia, ya que los recursos humanos eran trascendentales en un continente despoblado y en donde los pocos habitantes “blancos” que había, no estaban dispuestos a perder la vida por la Independencia de las Provincias Unidas

del Río de la Plata. Por todo esto, fueron los nativos, junto al gaucho, quienes salieron al campo de batalla a defender los ideales ciudadanos de la libertad y la igualdad.

Pero cuando las guerras de la Independencia y luego los enfrentamientos civiles terminaron, lo político cambió de enemigo y también de aliado. El nativo, pasó a ser el diferente, el otro. Es decir, cuando la guerra fue por el territorio, el nativo fue aliado del porteño, pero cuando fue por el poder político, por la fortuna, se lo persiguió y se lo extinguió. De acuerdo a Martínez Estrada (2001b):

No defendían nada porque no tenían nada y lo que se les daba de regalo parecía bueno. Se los utilizó sin ninguna inteligencia, asociándolos cuando era necesario y persiguiéndolos después. El cacique Catriel peleó como aliado de Mitre en la desgraciada revolución del 74, con entorchados de coronel de la Nación; más tarde fue vencido y aniquilada su tribu. Cuando la amenaza de invasión de los brasileños por el Río Negro, Rosas hizo con el indio la defensa (p. 16).

Según algunas crónicas, también López y Quiroga, por ejemplo, tenían entre sus fuerzas una porción importante de nativos para defender los territorios dominados por los caudillos. Gutiérrez (1997) señala que “Los indios solían salir a las boleadas, con permiso del jefe de frontera, de las cuales volvían cargados de diversos cueros y de plumas de avestruz que cambiaban en las pulperías” (p. 173). Además, remarca que los nativos bebían hasta caerse desmayados, pero esta no era una tradición propia, ya que el alcohol, en la mayoría de las tribus americanas estaba prohibido y solo se lo podía utilizar en las festividades.

Quizás su consumo comienza como necesidad para soportar el peso de los deberes impuestos por los blancos o como denuncia Rubén Patagonia (1997) pero llegaron otros hombres, con un regalo y otra voz para ganarte confianza, te sumergieron en el alcohol, después te llamaba borracho el mismo que te enseñó, al mismo tiempo que ofrecía por tus orejas un patacón. La cuestión netamente económica, no puede dejar de plantearse a

la hora de establecer la relación entre el nativo, el gaucho y el blanco.

Por otra parte, en ocasiones y como lo denuncia Martín Fierro, las partidas de frontera, no perseguían al indio” por carecer de medios, o estar trabajando para el Coronel. También cabe destacar que Eduardo Gutiérrez, denuncia que los oficiales del ejército encargado de custodiar la frontera, casualmente contra quienes habían peleado para poder establecer una frontera, entregaban dinero al cacique de la tribu para mantenerlo lejos de la frontera que debía defender. De esta forma, se puede señalar que la construcción de los intelectuales de mediados del siglo XIX, ayudan a enarbolar una imagen siniestra del nativo. Este es sinónimo de juego, brujería e inferioridad humana para mucho de ellos.

La viveza criolla presente en Juan Moreira, lo hace un ser que no tenía valores. Se lo humilla cuando entabla un dialogo con Moreira, repitiendo los verbos, y sin usar conectores entre las palabras. Por otra parte, Gutiérrez remarca que la única preocupación del nativo estaba en

las fiestas, el juego, el alcohol y el jolgorio. La cautiva es otro ejemplo, para Echeverría (1994):

Así el bárbaro hace ultraje / al indomable coraje / que abatió su alevosía; / y su rencor todavía / mira, con torpe placer / las cabezas que cortaron / sus inhumanos cuchillos, / exclamando: - “ya pagaron / del cristiano los caudillos / el feudo de nuestro poder” (p. 50).

Pero es extraño, que en esta estrofa no se pregunten por que el nativo invadía y arrasaba las tierras conquistadas por el blanco y puestas al servicio de los capitales de Europa. Quizás nuestros intelectuales denigren al nativo, por defender América, pensando en esta y no en Europa como más de un porteño estaba pensando en aquella época.

La persecución del nativo, tiene como objeto la riqueza. Pero ¿Por qué se lo persiguió? ¿De qué riqueza estamos hablando? Se le persigue porque el mismo tiene los rodeos de ganado y los alimentos necesarios para que el español pueda sobrevivir en estas tierras. Tradición que seguirá presente en el gaucho, enemigo del indio – construcción porteña también,

ya que el gaucho y el nativo tienen más en común que el porteño y el gaucho – y era más fácil arrebatárselo al nativo que llevar una vida de trabajo para lograr el progreso económico del avasallador blanco y su familia.

La conquista no solo significó un cambio de aspecto económico, también, se extirpo la cultura americana. El nativo pasó a ser un extraño en su tierra, se los juzgaba con leyes – si es que las aplicaban – que no conocía, ni creía en ellas. Patagonia (2006) sostiene que pisotearon mi credo y mi forma de ser / me impusieron cultura y este idioma también / lo que no me impusieron fue el color de piel / Amutuy, soledad que mi hermano me arrincona sin piedad / vámonos que el alambre y el fiscal pueden más. La nueva cultura arrinconaba a los nativos cada vez más al sur de nuestro país, y con ello se arrinconaba la barbarie americana en su más noble expresión. En “La Cautiva” Echeverría, muestra de manera un poco subliminal los valores de la sociedad porteña en los comienzos de la Argentina.

Muchas veces tenemos el deber de replantearnos que festejamos en algunas ocasiones. Hoy es común, que lo encuentros de bandas de música – de estilo militar – terminan con una teatralización de la Retreta del Desierto, esta es tocada con cierto jolgorio, y los presentes no hacen más que avivar a los músicos. La “conquista del desierto” fue un acto de tremenda aberración hacia lo humano, la eliminación física del otro, por el simple hecho de ser diferente en cuanto a costumbres, idiomas, o a su conformación física. Esta situación no encuentra calificativos desde la actualidad, y, por otra parte, deja más que un enorme sentimiento de tristeza, sobre todo en los descendientes de los nativos.

Un buen ejemplo de esto es Rubén Patagonia (ob cit) debido a que su voz representa a miles de personas que sufren el peso de una Ley que solo excluye a muchos argentinos. “Con que ley me juzgaron culpable ¿de qué? / de ser libre en mi tierra o ser indio tal vez / que conquista festejan que no puedo entender”.

En el Martín Fierro, ya Hernández (1967) preanunciaba la total desaparición del espectro social del nativo. “Esas cosas y otras piores / las he visto muchos años; / pero, si no me engaño, / concluyó ese bandalaje / y esos bárbaros salvajes / no podrán hacer más daño. // Las tribus están deshechas; / los caciques más altivos / están muertos o cautivos, / privados de toda esperanza, / y de la chusma y de la lanza / ya muy pocos quedan vivos” (p. 160). Lamentablemente Hernández no se daba cuenta que el próximo a extinguirse era su gaucho.

La eliminación física del nativo, concluye con la “conquista del desierto” del por entonces presidente de la Nación, el General Julio Argentino Roca. Pero la muerte de éste no sería una cuestión de estricta desaparición física. La muerte del nativo acarrearía la muerte de su asesino, el gaucho. Con la pérdida física, del “indio” sencillamente se le daba otro objetivo a “lo político”, cambiando de enemigo; se reformulaba al “otro”. El mismo perseguidor se transformaría en perseguido, y así la

aniquilación del nativo, solo lograría la propia persecución del gaucho.

Pero este desvanecimiento físico del nativo, no es su muerte. Martínez Estrada sostiene que al ser perseguido por las “tropas” de gauchos en la frontera, los “civilizados” se vieron en la necesidad de ir fundando pueblos sin una lógica más que la persecución del nativo. Los asentamientos aislados son la supervivencia y la venganza del nativo en nuestro territorio.

Pero ¿para que se quería deshabitar una región, si se encontraba protegida de las posibles invasiones extranjeras, representaban una posibilidad de mercado para las manufacturas argentinas y demás? “Para que la pura sangre derramada en la ambición / por la tierra que aún sigue siendo un desierto hoy / Ay! tierra mía, para que te despoblaron / si no te saben poblar / para que tantas orejas / si no te saben escuchar” de acuerdo a Patagonia; (1997).

No obstante ¿cuál puede haber sido el significado último de la exterminación del nativo?, Martínez Estrada (2001b) sostiene

que “El aniquilamiento del aborígen y con él de las fuerzas aborígenes, que daban valores aleatorios a la propiedad territorial y raíz, era a un tiempo fuerza para el Estado y seguridad para el poseedor” (p. 45). Seguramente una nación sin riesgos nativos para los capitales nacionales y transnacionales, era la plena demostración de que en ese Estado solo había y residía una única autoridad, la del poder ejecutivo, en la ciudad de Buenos Aires. A partir de este momento “lo político” dejaba de tener significado real para Buenos Aires, pero ya se vislumbraba el nuevo enemigo: el gaucho, con su carácter errante y su vida sin someterse a las leyes de un poder despótico creado en una ciudad que no miraba la campaña como propia.

El viejo amigo; el nuevo enemigo: El gaucho. 1856 – 1896

El gaucho, ser argentino por excelencia, sobre todo después de la aparición de “El Payador” de Leopoldo Lugones, también aparece en el proyecto de nación de la generación del ochenta, pero de manera negativa. El mismo personaje que había defendido, por

ejemplo, la frontera norte del país bajo el comando del General Martín Miguel de Güemes, ahora pasa a la vereda de enfrente y se transforma en el nuevo enemigo de la “civilización” luego de la muerte social del “indio”.

El gaucho, era esa mezcla de sangre española con los primitivos habitantes de nuestro suelo, que pasaba su vida errante en la inmensidad de la pampa. Como sostiene Martínez Estrada (ob cit):

Prefiero vivir en la vastedad de ese dominio, sin capitular, sin someterse al otro advenedizo; amasó su conciencia en el paisaje, renegó de toda tradición y de ahí resultó el gaucho, el señor hambriento, el hombre de la tropa ignorante, perseguidor inarmónico de un sueño frustrado. En la soledad llegó a considerarse un despojado, una víctima de la injusticia del código y el tribunal distante (p. 45).

Por otra parte, es este mismo personaje y como lo sostuvimos anteriormente, es el encargado de eliminar al otro actor social, el “indio”. Ahora es a él a quien le llega la hora de aparecer en el libro de la “construcción nacional”, pero no

como amigo, sino como “el otro”. Si bien Lugones, defiende al gaucho, él mismo lo tipificaba como un ser inferior, pero no sostenía los mismos métodos de desaparición de esta “clase inferior”. Para él, el gaucho, debería haber sido incluido en la sociedad y no eliminado mediante la guerra de frontera en el sur y la guerra contra el Paraguay en el norte, así como también, las guerras civiles previas a la construcción nacional. Para él, el gaucho debería haber sido asimilado a la sociedad.

El gaucho era el habitante de la pampa, y tenía su “rancho” en este medio. Trabajaba lo suficiente para darse el sustento diario y sin pretensiones de enriquecerse. La vida social de este personaje de la pampa, estaba dominada por la pulpería, lugar de encuentro de los varones. Las mujeres se quedaban en los “ranchos” y según algunas crónicas, su rol social era inexistente, más parecido a un objeto que pertenecía a tal o cual gaucho, que a una persona. Además, el comportamiento del gaucho, en algunos casos, era peligroso, dado que la influencia

del alcohol desataba peleas sangrientas que dejaban como saldo algún muerto.

Quizás podemos caracterizar al periodo que comprende entre los años 1830 y 1880 como la etapa en que el gaucho es estimado por la sociedad dado que sirve para las guerras civiles, así como defensor natural de la frontera. Recordemos que este vivía entre la civilización de la ciudad, y la “barbarie” de los malones. Resulta curioso y como lo sostiene José Manuel de Estrada, casualmente en el momento de mayor presencia social, es también su tiempo de capitalización ante el poder oligárquico.

Es posible identificar dos herramientas de persecución y eliminación social del gaucho: la política y del otro lado la social. La persecución política, aparece con la aplicación de la democracia y la necesidad de las autoridades de campaña de conseguir votos para sus jefes políticos. El no votar el día de las elecciones o el votar por el candidato que perdería ese día, generalmente de la oposición, eran motivos suficientes para que se lo mandara a la frontera y así

“educarlo” para que de este modo llegara a pertenecer a la sociedad.

Para Gutiérrez (1997) “el gaucho no sirve para otra cosa que para votar en las elecciones con el juez de paz o el comandante” (p. 38). Así mismo en el Martín Fierro en Hernández (1967) también refleja esta condición de electores forzados que sufren los gauchos “A mí el Juez me tomo entre los ojos / en la última votación / me la había hecho el remolón / y no me arrime ese día, / y él me dijo que yo servía / a los de la exposición” (p. 76).

La persecución social del gaucho, comienza en los años posteriores a la caída de Rosas, en donde, como sostiene Feinmann en *Filosofía y Nación*, a Rosas lo llaman gaucho sus detractores, de manera despectiva, como ser social inferior a la civilización de las ciudades vacías. Sarmiento será uno de los primeros que se dedique a hacer esta denotación social del gaucho, y precisamente tratándolo a Rosas como tal.

Es importante remarcar que el fin de la persecución del gaucho en los años ‘80, también tiene como intención poblar de

manera sedentaria la pampa argentina, mediante la inmigración de europeos, “los civilizados” que vendrán a traer “prosperidad” a estas tierras. Prosperidad para Buenos Aires, que se eruirá como la metrópoli y principal ciudad del modelo agroexportador. El gaucho, es encarcelado en algunos casos, y en otros es mandado a la frontera a matar al indio (o a morir). Al mismo no se le daba lugar en la “nueva sociedad” que se estaba construyendo.

Si hacemos mención a las formas de persecución que el gaucho sufría en esta época debemos detenernos en la papeleta, ya que, sin ella, este es automáticamente catalogado de vago, de rastrero y por ende mandado a defender la frontera sur, en disputa con el nativo. Por último, el gaucho es despojado del trabajo porque, según sostienen los dueños de las estancias, prefieren a los inmigrantes, ya que no corren el riesgo de que la autoridad los deje sin mano de obra para llevarlos a la frontera.

Debemos remarcar que la construcción del gaucho como “el otro”, como el diferente y con la necesidad de

construir la homogeneidad nacional, comienza con el ascenso de la generación del ’80 al poder nacional. Será esta, quien cargue con la eliminación física, en algunos casos y social en otros del gaucho y su china. Aunque también cabe destacar que el proyecto sarmientino no dejaba lugar a nuestro protagonista. Para él, este era la barbarie, lo único que tenía de humano era la sangre.

La plena desaparición del gaucho, se da a fines del siglo pasado. Uno de los últimos elementos que interfieren en su muerte social es el alambrado, ya que, mediante este mecanismo, el estanciero podía prescindir de la tropa de gauchos que contrataba para el cuidado de su ganado. Por otra parte, el alambre, marca la culminación de quien era considerado como “el gaucho libre de la pampa”, cierra con la etapa en la cual este se podía desplazar de un lado a otro sin límite, ya que con esta nueva “tecnología” se marca la senda en las que pueden estar y en cuáles no.

Por último, la llegada de grandes contingentes de inmigrantes, termina por

expropiar la propiedad a los gauchos, si es que antes no había sido expropiada por la autoridad de la campaña. Los inmigrantes se convertirán en el asesino del gaucho, ya que se convirtió en la nueva mano de obra en algunos casos y en el nuevo propietario en otros. El gaucho pasará a ocupar el lugar más bajo de la pirámide social de la sociedad, el mismo lugar que antes ocupaba el indio. Quizás se pueda plantear la paradoja de si el gaucho fue asesinado o simplemente se suicidó, ya que al convertirse en un ser sedentario habría dejado lo más noble del gaucho, la libertad errante de cabalgar por la pampa sin ningún límite, sin ningún horizonte.

Los inmigrantes; el nuevo otro

La eliminación del gaucho como actor social, dejó sin enemigo en lo político a la elite que se enquistaba en el poder. Aunque está rápidamente encontró un nuevo peligro al status quo mantenido por ella, los inmigrantes. Esta vez, la intención de la oligarquía no era eliminar "al otro", sino someterlo y asimilarlo, siempre y cuando no se inmiscuyera en las

cuestiones políticas. Y cuando esto ocurriera, aplicar las leyes de residencia.

Los inmigrantes comenzaron a llegar a partir de 1850, pero el mayor número de ellos lo hace en los años cercanos al novecientos. Es a partir de aquí es en donde se plantea el problema de la cuestión social y la cultura nacional. El aglutinamiento que se producía en la ciudad de Buenos Aires y en menor medida en Rosario, pone en guardia a la oligarquía gobernante, ya que, por primera vez en la Argentina, la cuestión social aparece en la agenda política. Inclusive, en esta misma época, es elegido el primer diputado socialista de América del Sur.

La mayoría de los inmigrantes fueron italianos y españoles. Los primeros, en su mayor parte fueron a labrar la tierra de los terratenientes. Dado que muchos provenían de regiones agrícolas italianas, era difícil aceptar otra profesión. Además, debemos destacar que todos escapaban del hambre y la guerra. Lo curioso es que también, eran los terratenientes quienes enseñaban a cultivar a los inmigrantes

dados las condiciones climáticas y territoriales diferentes.

En cambio, los españoles, prefirieron las ciudades, emparentados con el comercio minorista, aunque muchos vascos buscaron en la agricultura su nuevo medio de vida. Pero no todo fue perfecto en el proceso de colonización, De acuerdo a Martínez Estrada (2001b):

La colonización regular, inteligente, fracasó. (...) Se formaron grandes compañías que especulaban con la contratación de brazos y cuyo único móvil era la obtención de enormes extensiones de tierra y el flete de la carga humana. (...) Una vez desembarcadas en el puerto y llevadas a los campos, esas familias eran abandonadas (p. 57).

Es decir, la inmigración se transformó en un negocio, en el cual estaba involucrado la oligarquía gobernante, los terratenientes, los especuladores y los empresarios europeos. El progreso se presentaba solo para unos pocos, los grandes terratenientes que, de esta manera, conseguían brazos baratos para el trabajo, y al mismo tiempo, lograba que se revalorizara su propiedad territorial.

También, como los sostiene Hernández Arregui (2004a) “En 1867, la clase terrateniente ya está definitivamente consolidada. La ola inmigratoria del siglo XIX es la consecuencia de este asentamiento de la oligarquía necesitada de brazos. El sistema de arrendamientos multiplicó el valor de la tierra y las rentas de la clase parasitaria” (p. 48). Por lo tanto, el acto de poblar al desierto pampeano tenía la finalidad de buscar el aumento de la renta por parte de la clase terrateniente, y no como sostienen muchos el progreso de un país despoblado.

El trabajo de los inmigrantes en el campo, se reducía en su mayoría al arrendamiento de tierras (las tierras fiscales en la región pampeana casi habían sido agotadas en 1860) o al trabajo como peón de estancia. Cuando arrendaron tierras, según Martínez Estrada (2001b) “Los inmigrantes tomaron a jornal al gaucho, se organizaron la justicia, el comercio y la instrucción pública, se hizo respetar la propiedad según las escrituras y la vida en los cuerpos de los habitantes” (p. 154). Claramente a partir de la

fundación de los pueblos, es la realidad cultural de cada nacionalidad la que imprime un carácter sesgado a la cuestión pública local. La visión de la elite, se encuentra en Ramos Mejía (1974) para quien:

...el inmigrante sigue siendo inferior a “ellos”, pero, resulta más trabajador, y más seguro para su propiedad que el gaucho. “Con decirnos que de ciertos trabajos hasta el gaucho han desalojado. Cuando salís un poco afuera, un tipo extraño de burlesco centauro os hiere la vista: sobre un peludo y mal atusado corcel, mosqueador y de trabado galope, se zarandea una figura nerviosa que agita sus piernas al compás desarticulante de la jaca maltrecha por el cansancio. Al pasar por la pulpería le silban y vilipendian; su figura antiestética despierta la hilaridad, pero él sigue su destino: no acepta la *copa*, ni la *mañana*, ni la chiquita, ni el coperio, ni la gárgara (p. 211).

Lo que Ramos Mejía presenta, es claramente un tipo “superior” de gaucho, ya que no tiene vicios, tiene empeño en aprender (por lo de cabalgar) y también cuenta el fin del inmigrante, desalojar al

gaucho de los trabajos de campo. Este también es el futuro argentino, que para autor, será el depositario de la cultura nacional, cultura que es producto de la oligarquía. Al inmigrante, jamás se le pidió la papeleta que se le exigía al gaucho, es más, a través de diferentes leyes, los inmigrantes eran ciudadanos plenos, sin tener obligaciones (como defender la patria, por ejemplo) y contaban con todos los derechos de los ciudadanos argentinos. En la comparación entre ambos actores sociales, el poder oligárquico favoreció y amparo al inmigrante por sobre el gaucho. De acuerdo a Hernández Arregui (2004a):

Por la Constitución se concedieron, mayores ventajas a los extranjeros que a los nativos, la evidente finalidad de excluir a la población autóctona en la que palpitaba aún el espíritu nacional subyugado por los ejércitos regulares de Buenos Aires. La inmigración, vista en su perspectiva histórica real, no ideal, contribuyó a contrarrestar la fuerza viviente de la conciencia nacional durante largo periodo (p. 59).

Muchos protectores de la inmigración, creían que, con ésta, se

poblaría el desierto que era la República Argentina. Entre 1850 y 1930 entraron a nuestro país unos 6 millones de inmigrantes. De acuerdo al autor citado “El desierto no era una cuestión de inmigrantes solamente, como creyeron Sarmiento o Alberdi, sino del sistema productivo general” (p. 66). Pero el sistema productivo no se modificó, es más, los más perjudicados por el sistema (los arrendatarios) apoyaron y defendieron los intereses oligárquicos, ya que, en parte, algunos se emparentaban con los de su clase. Pero lamentablemente, no entendían que lo único que lograban de esta forma, era profundizar el ya instituido sistema de gran latifundio en nuestro país.

Es importante destacar que el fin del proceso se produce con la asimilación de los inmigrantes a partir de la segunda generación de estos. Ya que adoptaron los patrones y valores culturales argentinos. También consideramos que debemos remarcar el rol de la escuela, y del servicio militar obligatorio, porque de esta manera, muchos comenzaron a incorporar la lengua española, que en su hogar no se utilizaba

como medio de comunicación. El nuevo “otro”, esta vez, estaba dispuesto a cooperar con la oligarquía. Se transformó en un socio vital para el modelo agroexportador impulsado por la generación del ochenta desde el poder central.

Este socio (el del campo) prefería el status quo, frente al riesgo de cualquier cambio en la estructura social. En cambio, el inmigrante que quedó en la ciudad y solo con la fuerza de sus brazos, participará de dos movimientos políticos de una trascendencia fundamental en la historia argentina. El ascenso de Yrigoyen con el desplazamiento de la elite del poder, y de la llegada al poder del General Perón, y junto con ellos, los sectores más postergados de la sociedad Argentina.

Reflexión Final

A modo de reflexión, y no de conclusión, ya que está implica cierto grado de veracidad científica, hacemos hincapié en que la construcción del “otro” por parte de la oligarquía porteña fue un éxito en cuanto al diseño de un proyecto político. Durante el trabajo, planteamos la

eliminación del “peligroso” nativo, para lograr la revalorización de la tierra, afirmación a la que llegamos luego de la “conquista del desierto” y la desaparición física de casi la totalidad de los mismos.

Esta nueva situación dejó planteado un nuevo “otro”, diferente a la elite porteña y con valores materiales y culturales “extraños” a los que prevalecían en la ciudad de Buenos Aires. Quedaba el escollo del gaucho. La política de incorporación del inmigrante y la aparición del alambrado, lo extirpa del paño sociológico y junto a él, el último resquicio de cultura nacional propiamente dicha, ya que este, el gaucho, había nacido en América con aportes extranjeros y autóctonos. Este gaucho representaba los valores culturales de un país despoblado, al mismo tiempo que simbolizaba el último eslabón que había participado activamente en la guerra por la Independencia.

Con la llegada del inmigrante (los brazos necesarios para trabajar la tierra) termina la etapa de construcción nacional. Aunque, que el aporte fundamental está planteado en la fuerza del trabajo, no

podemos pasar por alto la cuestión cultural. El arribo de los inmigrantes transformó la cultura nacional, ya que, hasta el día de hoy, la mayoría de los descendientes de inmigrantes siguen sosteniendo que son italianos, españoles o franceses.

Esta situación deja en la dicotomía de ser extranjeros en nuestra propia tierra, somos argentinos, pero al mismo tiempo, somos italianos, españoles o franceses, en conjunto con la nacionalidad argentina. Nos creemos tan o más desarrollados que los países del primer mundo, porque en nuestra conciencia colectiva sigue perdurando, y como lo dice Hernández Arregui, el recuerdo de nuestros bisabuelos de aquella patria dejada por la guerra, la pobreza o alguna cuestión política; pero también añorada por muchos argentinos.

Parece interesante rescatar y revalorizar la mirada (obviamente sesgada) sobre una parte de la historia y que en los colegios se enseña de una manera diferente. Sobre todo, la cuestión del

nativo, presentado como el gran enemigo nacional y eliminado como tal.

Por último y a modo de cierre, aquella frase que sostiene: “la historia la escriben los ganadores”, puede ser una expresión que tiene mucho sentido en la realidad cotidiana del país. Pero, también, es importante remarcar y enfatizar en que es posible encontrar una mirada diferente

de la historia, aunque para ello, hay que buscarla, ya que, si nos quedamos con la “historia oficial”, probablemente adoptemos valores de una clase social que muy probablemente no este impregnada de los valores nacionales y populares que son necesarios para que un país sea más próspero e igualitario.

Referencias

- Anuario del departamento de ciencias de la comunicación. (2000), 00 (5). Rosario: Arca Azul.
- Echeverría, E. (1994). **La cautiva / El matadero**. Buenos Aires: Colihue.
- Estrada, J. (1999). **Escritos políticos** (selección). Buenos Aires: RML.
- Feinmann, J. (2004). **Filosofía y Nación**. Buenos Aires: Planeta.
- Gutiérrez, E. (1997). **Juan Moreira**. Buenos Aires: Nuevo Siglo.
- Hernández Arregui, J. (2004a). **La formación de la conciencia nacional**. Buenos Aires: Continente.
- Hernández Arregui, J. (2004b). **Nacionalismo y liberación**. Buenos Aires: Continente.
- Hernández, J. (1967). **Martín Fierro**. Buenos Aires: Huemul.
- Ingenieros, J. (1956). **Simulación de la locura**. Buenos Aires: Elmer.
- Ingenieros, J. (2003). **El hombre mediocre**. Buenos Aires: Libertador.
- Lugones, L. (1989). **Antología**. Buenos Aires: Colihue.
- Martínez Estrada, E. (2001a). **La cabeza de Goliath**. Buenos Aires: Losada.
- Martínez Estrada, E. (2001b). **Radiografía de la pampa**. Buenos Aires: Losada.

Patagonia, R. (1997). **Aonikenk**. Hugo Giménez Agüero. Cultural-co.

Patagonia, R. (2006). **Amutuy Soledad**. M. Berbel.

Ramos Mejía, J. (1974). **Las multitudes argentinas**. Rosário: Biblioteca.

Sarmiento, D. (2001). **Facundo**. Buenos Aires: Ombú.

Schmitt, C. (1984). **El concepto de lo político**. Buenos Aires: Folios.